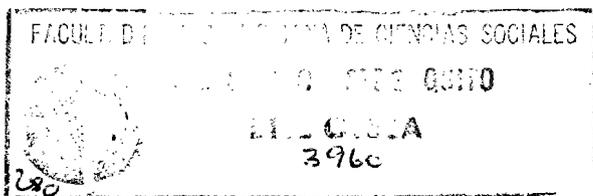


3(972.8)
R165
c.2

CENTROAMERICA: indicadores socioeconómicos para el desarrollo

R. Ramalinga Iyer — Gonzalo Ramírez
Carlos Raabe — Guillermo Molina Chocano
Sergio Reuben — Et Al

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
FLACSO

San José, Costa Rica, 1983.

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Agosto de 1983

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

301.018.2
C-397c

Centroamérica: indicadores socioeconómicos para el desarrollo. -- R. Ramalinga Iyer y otros. -- Ediciones FLACSO (a cargo de Francisco Rojas Aravena). -- San José, C. R. : FLACSO, 1983.

328 p. 21 cm.

ISBN 9977-68-000-0

1. América Central - Aspectos sociales. 2. Ciencias sociales - Estadística. 3. Ciencias sociales - metodología. I. Título.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

1414

1096

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	
DANIEL CAMACHO	11
Indicadores Socioeconómicos: Qué medir, Para qué Medir, Para quién Medir	
GONZALO RAMÍREZ	17
Resumen de las Actividades de la UNESCO en Materia de Indicadores Sociales	
R. RAMALINGA IYER	27
El problema Metodológico en la Elaboración de Indicadores en Ciencias Sociales	
JORGE CISNEROS	43
Principales Dominios del Acontecer Social en el Subdesarrollo y sus Indicadores	
SERGIO REUBEN SOTO	53
Indicadores Sociales	
DIEGO PALMA	77
Notas sobre la Evolución del Desarrollo Social del Istmo Centroamericano hasta 1980	
CEPAL. Comisión Económica Para América Latina	93

Construcción, Usos y Posibilidades de Redefinición de Indicadores Sociales en Centroamérica VINICIO GONZÁLEZ	127
Consideraciones Generales Acerca de los Indicadores Económicos y Sociales HUGO MOLINA	151
Notas Teórico- Metodológicas Acerca de la Medición de los Componentes de las Políticas Sociales. GUILLERMO MOLINA CHOCANO	175
Notas sobre Estadísticas e Indicadores Sociales: Referencia al Caso de Costa Rica JORGE E. BARBOZA - CARLOS RAABE	199
Indicadores Socioeconómicos en la Revolución Popular Sandinista HANS GUTIÉRREZ	225
Indicadores Socioeconómicos en el Estudio de las Estrategias de Desarrollo: la Agroindustria y el Campesinado. TERESA QUIROZ MARTIN - CARMEN LEÓN NUÑEZ - JEMMY VALVERDE ROJAS . . .	257
Recuperación crítica de Indicadores Socioeconómicos: La Experiencia del Programa de Salud Comunitaria "Hospital sin Paredes" JAIME SERRA - CARLOS BRENES	269
Informe Final del Seminario "Uso y Diseño de Indicadores Socioeconómicos en Centroamérica" (FLACSO / UNESCO) GONZALO RAMÍREZ - SERGIO REUBEN SOTO	315

PRINCIPALES DOMINIOS
DEL ACONTECER SOCIAL
EN EL SUBDESARROLLO
Y SUS INDICADORES

Sergio Reuben Soto

I

Como se puede encontrar en numerosos textos referidos al tema, el interés por la cuantificación de algunos fenómenos sociales tiene un origen no muy hundi-do en la obscuridad de los tiempos. No haremos en esta oportunidad un recuento de las principales referencias históricas en las que podremos encontrar esfuerzos o intentos por observar sistemáticamente tales hechos sociales, sino, es nuestro interés, como marco general en el que insertar la discusión sobre indicadores económico-sociales, señalar aspectos generales del ordenamiento social, que observados en perspectiva histórica, den al problema de los indicadores, una ubicación dentro del contexto general del desarrollo social e intelectual de la humanidad. Sólo de esta manera, a nuestro aviso, podremos enfrentar el problema rigurosamente.

En este sentido, una primera observación que surge inmediatamente, es la relación entre el interés científico por la sistematización de las observaciones hechas en el universo social y el surgimiento histórico de situaciones en las que la interacción e interrelación individual y de grupos juegan un papel importante en el devenir general de las colectividades. Es obvio, pues, que tales condiciones sólo aparecen en la historia de la humanidad cuando la organización social ha alcanzado grados elevados de colectivización; y, por ende, dentro de esta perspectiva histórica que ensayamos, cuando la organización de la producción ha alcanzado también un elevado nivel de interrelación.

No obstante los *censos* del Egipto de los faraones y sus esfuerzos por la determinación *estatal* del uso de las tierras fértiles, etc.; o los censos para establecer el tamaño de los ejércitos que caracterizaron los esfuerzos de la antigüedad para medir el *fenómeno social* de la población; así como los registros parroquiales sobre nacimientos y defunciones que desde la alta edad media se llevaron a cabo en la Europa feudal, los primeros esfuerzos por utilizar la información disponible de una manera sistemática, que se concatena directamente con las nuevas técnicas de medición, no aparecen sino hasta mediados del siglo XVII.

En esta tendencia coinciden personas interesadas en estudiar fenómenos que, o bien nunca habían tenido la relevancia que alcanzaban en ese momento, o bien,

se presentaban entonces, por las condiciones especiales de vida existentes, como importantes de conocer y explicar. Las condiciones de salubridad social, las de morbilidad y las de indigencia de la población son los fenómenos particularmente investigados; que surgen concomitantemente con el gran proceso de urbanización que se generaliza por esos años.

En esos primeros registros, así como en esos primeros intentos por sistematizar, ordenar y hacer digeribles tales informaciones, encontramos ya insinuadas tres vertientes en las que confluyen todos los esfuerzos que hoy sostienen el desarrollo de los indicadores sociales. Por una parte aquellos que desarrollan las técnicas de recolección de información de manera de alcanzar datos más puros y más precisos; por otra parte, aquellos esfuerzos de índole más bien deductiva que buscan la formulación y sistematización de relaciones entre fenómenos en forma precisa y, en tercer lugar, aquellos que se orientan hacia la formulación especulativa de las relaciones entre fenómenos, de manera que estas relaciones ofrezcan un *sentido* que sea adecuado para la *apropiación* política o tecnológica de ellos y redunde en niveles más elevados de existencia material y espiritual de la humanidad.

Desde que la Compañía de Sacristanes de Parroquia de Londres resumió en 1603 los informes de defunciones semanales ocurridas durante una de las plagas que asolaron a la *City* en 1592 y se propusieron continuar esta labor en forma más sistemática, el desarrollo de la estadística, como disciplina de recopilación de datos, ha contado con el impulso de personas como John Graunt; quien recurrió a ellos para proponer observaciones y explicaciones a fenómenos, hasta ahora no concebidos como objeto de estudios: en sus *Observaciones naturales y políticas... extraídas de las listas de los muertos*, Graunt, con el concurso de William Petty formuló en 1662 una estimación de la razón entre las muertes y los nacimientos en Londres, la que encontró cercana de 14 a 13, en contraste con la razón de 52 a 63 en las parroquias rurales (F. Lorimer, 1958).

No es por ningún motivo casual, a nuestro aviso, que las primeras formas de indicadores sociales o los primeros intentos por cuantificar algunos fenómenos sociales se den en el campo de la población; como tampoco es casual, el que aparezcan estos intentos, a mediados del siglo XVII en Europa. En primera instancia, la población es el *fenómeno más concreto* que presenta el objeto de estudio de la ciencia social; en segunda instancia, el siglo XVII europeo es la época del desarrollo de los grandes estados nacionales en esa región del mundo.

De la configuración de los grandes estados nacionales a su constitución y consolidación Marx hace datar "... la moderna biografía del capital". Su configuración no es, como se puede fácilmente comprender, un hecho aislado o meramente ocasional sino que en ella confluyen condiciones que son precisamente las que van a elevar, a un rango nunca antes alcanzado, los fenómenos colectivos, los de socialización de las relaciones interpersonales y los de interrelación social de las actividades individuales. Y por lo tanto, de acuerdo a nuestro punto de vista son estos los que van a impulsar el interés por el conocimiento riguroso de sus causas y la necesidad del desarrollo de indicadores apropiados.

Ya antes de estos serios intentos de cuantificación de las situaciones poblacionales, habían comenzado a aparecer esfuerzos por sistematizar fenómenos sociales generales e inmediatos tales como los de "nacionalidad" (para el caso de las ciudades en un principio), de "soberanía", de "poder político" y "conservación del Estado" (J.J. Chevallier, 1965). De manera más o menos sincrónica, aún cuando todavía en el principio orientados a formas concretas y materiales, surgen los primeros estudios sobre la "grandeza" de las naciones como el de Giovanni Botero, *Delle cause della grandezza della citta*, publicado en Venecia en 1589, que es, junto con otros estudios como el de Bodino sobre la moneda: *Reponse aux paradoxes de Malestroit* publicado en 1569 y el de John Hales *A discourse of the Common Weal of this Realm of England*, publicado en 1581, antecedentes importantes de los posteriores estudios sobre la riqueza que habrán de invadir los círculos intelectuales en los siglos venideros (E. Roll, 1978).

Nos encontramos así, al observar el surgimiento de los primeros estudios sistemáticos con indicadores sociales, ante la concurrencia de dos fenómenos que no pueden ser disociados de su surgimiento a la hora de plantearse una reflexión sobre la necesidad de la cuantificación social y los indicadores: por una parte, la conformación de entes macrosociales ligados estrechamente por un sistema de relaciones políticas y de producción y, por otra, la generalización de una relación económica por la que la organización tradicional de la producción se ve revertida y convertida en un conjunto de entes de producción individuales pero irremisiblemente interdependientes por el grado de especialización que han alcanzado en su objeto de producción. La producción de mercancías, al enseñorearse de la organización productiva, impuso una nueva *convención social* (aun cuando inconscientemente asumida) que se presenta como nuevo régimen de producción: el valor. Al monopolio feudal, a la regulación gremial, el bando real, a la determinación *consuetudinaria*, a la *bulia* papal y a las leyes divinas, se imponen ahora el usufructo libérrimo de los bienes-mercancías (amparado por la propiedad privada y, ésta, a su vez, por el Estado) y la determinación individual en el uso del tiempo de trabajo al impulso de los designios del valor.

Se completan así las condiciones para que, lo que Petty llamó la *Political Arithmetik* en 1676, evolucione en las modernas disciplinas de la estadística, de la econometría, de la economía del desarrollo. Toda actividad individual asume ahora un carácter *infinitesimal* y se asienta en los libros del capital. Toda la variada producción de una sociedad, el innumerable conjunto de bienes y servicios que resulta de la actividad productiva de cada uno de los miembros de esos conglomerados sociales van a valorizarse ahora, van a recibir un signo que los acredita ante el mercado, como bienes útiles a la sociedad (y, por lo tanto, redimibles en ciertas proporciones de otros bienes) en función y en proporción al tiempo de trabajo social que su producción demandó.

La culminación de la teoría del valor-trabajo de Ricardo se lleva a cabo en el vigésimo capítulo de sus *Principios...*, el cual es encabezado por el autor con la célebre frase de Smith: "Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda

gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida”. Y continua Ricardo: “En consecuencia, la riqueza difiere esencialmente del valor, ya que éste depende no de la abundancia sino de la facilidad o dificultad de la producción” (1959, Pág. 205).

No obstante la sencillez de estas ideas y su sentido común, todo el desarrollo posterior de la teoría económica se fincó en un concepto de valor que ya fue planteado por M. Say —y que Ricardo discute— y posteriormente desarrollado por Jevons y toda la “escuela austriaca”¹

Mientras las necesidades de la existencia personal y colectiva no implicaron el concurso de grandes conglomerados sociales (naciones o, posteriormente, repúblicas en sus acepciones más modernas), ni su estrecha interrelación productiva y vasta división social del trabajo, etc., no fue necesaria la consolidación del valor como criterio social general, ni tampoco surgieron entonces las necesidades de cálculo de la riqueza nacional, ni la de indicadores sobre procesos colectivos o sobre *realidades sociales*. Pero cuando aquello ocurre, no sólo aparecen tales necesidades sino que esta situación se da en condiciones que provocan una interpretación fetichizada de la realidad emergente, por lo que quedan borrados de ella los determinantes esenciales del proceso y, por ende, los elementos cuya observación y estudio científico, dan una comprensión verosímil de la realidad social y de su desarrollo.

De esta manera, los indicadores que aparecen como instrumentos de comprobación y observación para las concepciones así extraviadas, están sesgados de manera tal que no pueden romper por sí solos y por la forma en que se plantean sus relaciones, el *encanto* en que se encuentran sus raíces teóricas.

Al mismo tiempo que se constituye el valor como criterio económico fundamental, se ofrece pues, la posibilidad de *consolidar* el conjunto de acciones que lleva a cabo la sociedad en su esfuerzo productivo y, por lo tanto, se abre la posibilidad de elaborar indicadores sociales de la producción nacional y del progreso material de toda la sociedad. En forma sincrónica, no obstante lo contradictorio que pueda aparecer, la constitución de tal criterio trae aparejada la confusión en el análisis de la producción, que condujo a que estos indicadores se tomaran como una expresión exhaustiva de la realidad social, de la riqueza nacional, de la capacidad productiva, de las relaciones entre sectores; configurando así un retrato objetivo de la sociedad en estudio.

Cuando Corrado Gini plantea en 1931 ante el Instituto Internacional de Estadística reunido en Tokio su comunicado “La determinación de la riqueza y del ingreso de las naciones en la post-guerra y su confrontación con el período prebélico” y la otra en Londres tres años después: “De algunas circunstancias que en los tiempos modernos tienden a hacer aparecer el aumento del ingreso nacional mayor de lo que es en realidad”, (1947, Pág. 347), ya la confusión en torno a los conceptos de riqueza y valor se había prendido en el seno de la teoría económica convencional e influían sobre las disciplinas que se ocupaban de fenómenos sociales de una u otra manera relacionados con el acontecer económico.

El marco conceptual dentro del cual se elaboraron en los años siguientes los estudios sobre el desarrollo económico había sido ya ensamblado por una *concep-*

ción de “economía nacional”, en la que quedaron involucradas, consecuentemente, relaciones capitalistas de producción en forma exclusiva; que suponían, a su vez, condiciones o situaciones históricas determinadas. El “sesgo” metodológico (en cuanto al análisis social riguroso) que ello introducía fue virtualmente inadvertido por los investigadores.²

El desencanto de esta visión ciertamente unilateral del desarrollo económico sólo se va a producir cuando la teoría del crecimiento se ocupe de los países que se encuentran en la *periferia del desarrollo* y, por consiguiente, en procesos socioeconómicos-complejos que no podían ser reflejados por los “modelos” teóricos elaborados para los países desarrollados (O. Sunkel, P. Paz, 1971). El análisis de estas *realidades en transformación* representó un reto insalvable para una concepción de la realidad social enmarcada en los estrechos márgenes de las relaciones capitalistas de producción.

Buena parte de ese desencanto se canalizó en esfuerzos por descubrir otros indicadores socioeconómicos que apuntaran más directamente sobre las condiciones del individuo o de los recursos humanos (UNESCO, SS/C/49/82/1, París). Se pretendía con ello aislar la complejidad del análisis del desarrollo social y centrar la observación en aspectos más concretos que ciertamente, por su carácter eminentemente positivo, reflejaran o resumieran en ellos los resultados globales del proceso de desarrollo. No obstante la importancia descriptiva de las distintas condiciones de vida de la población humana que esta labor implicó, el problema central de la explicación del desarrollo y, por consiguiente, de las formas en que la sociedad humana puede contribuir a su impulso, quedó sin resolver.

Otra parte importante de los esfuerzos por comprender el problema del desarrollo se orientó hacia la complicación de los modelos convencionales con la introducción de variables referidas a otros dominios de la realidad social o, bien, con un esfuerzo por readecuar tales modelos dentro de las características particulares de la realidad del subdesarrollo.³

No obstante la seriedad de estos esfuerzos, no lograron impulsar una poderosa crítica capaz de abrir una interpretación global de la situación del subdesarrollo (que incorporara las particularidades de su realidad distinguiéndolas metodológicamente de las que presentaban las realidades desarrolladas); de tal forma también, que diera pie a la construcción de los indicadores que ese cuerpo teórico requería para su expresión y comprobación.⁴

II

Antes de plantear un conjunto de indicadores que según nuestro parecer informan sobre aspectos sustantivos del acontecer socioeconómico en nuestros países subdesarrollados, es necesario discutir, en esta parte, dos aspectos íntimamente relacionados y que están a la base del desarrollo de los indicadores. Por un lado, debemos poner en relieve la estrecha relación entre teoría e indicadores.

Esta relación se resuelve en una doble dirección; el desarrollo teórico determina el tipo de indicadores y los *dominios* del acontecer social sobre los que ellos deben arrojar luz; y los *complica* en razón a las necesidades de aproximación a la realidad, y a los niveles de exactitud que esa aproximación demanda. Asimismo, en otra dirección, el desarrollo de los indicadores y su grado de aproximación y reproducción de los fenómenos reales propuestos por la teoría, la informan de manera tal de permitirle la formulación de hipótesis más verosímiles. Mediando esta relación, debe reconocerse el papel del pensamiento matemático o propiamente deductivo (como cuando la estadística reflexiona sobre sí misma) y el desarrollo de la capacidad ordenadora y calculadora (con las modernas máquinas computadoras), que posibilitan una labor más coordinada y más eficaz entre el pensamiento que reflexiona sobre los indicadores y el desarrollo de la teoría.

Pero esta relación que, como se propuso, tiene las características de un “círculo vicioso”, en realidad se rompe por el lado de la “observación científica”, categoría que recoge una completa relación entre percepción, abstracción y práctica; y que se expresa en las formas concretas de *aproximarse* metodológicamente a los problemas por parte de los investigadores.⁵ Así como también, debe reconocerse la importancia que para ello desempeña el desarrollo de los instrumentos de cálculo.

De tal manera, pues, que el reconocimiento y el estudio de esta relación de la forma que un dominio influye sobre el otro y los *mecanismos* con los cuales romper formas viciadas de ella, son consideraciones esenciales a la labor de formulación de indicadores. El conocimiento y la reflexión sobre las limitaciones inherentes a la formulación de estos, a los mecanismos de interrelación y dependencia entre ellos y el progreso teórico, se hacen imprescindibles para avanzar en su formulación. Aún más, la incorporación al análisis social de la *lógica dialéctica* o, en general, dialéctica del acontecer social, introduce problemas complejos que no intentar resolver implica condenar la ciencia al estancamiento.⁶

La relación planteada entre teoría e indicadores en las páginas anteriores y la reflexión sobre las limitaciones en la apropiación de la realidad, que señalamos en la primera parte de este trabajo, como presentes en las teorías que conciben como universales las relaciones económicas y la organización social fundadas en el valor, nos mueven a precisar el concepto de *desarrollo económico*.

Y este era el segundo aspecto que traíamos a discusión en esta parte del trabajo: el desarrollo económico como categoría que encierra la noción de transformación social, enfrentado al desarrollo económico como crecimiento, como acumulación cuantitativa de fenómenos. En una primera aproximación al problema así planteado, podemos señalar que en la medida en que las concepciones sobre el desarrollo le conciben como un fenómeno más o menos lineal, enmarcado dentro de relaciones capitalistas de producción, los indicadores que informan el análisis quedan limitados por esos márgenes. Y viceversa, mientras estos indicadores no exploren dominios de las relaciones sociales y del acontecer económico que ofrezcan nuevas y certeras evidencias sobre relaciones no conocidas, la teoría no puede avanzar hacia interpretaciones más complejas y precisas de esa realidad. Este es el serio problema que tenemos entre manos.

Se había anotado sin embargo, en términos generales, que este “círculo” se rompía por el lado de una particular aproximación teórico-metodológica al problema por el investigador. En términos más concretos, esto se traduce, desde nuestro punto de vista, en un esfuerzo por el reconocimiento de *formas* viciadas; o que nosotros llamaríamos *simbióticas*, entre las relaciones teóricas y los indicadores, que impiden un mejor conocimiento, tanto en precisión como en exactitud, de nuestras realidades sociales. Estos procesos auto-retroalimentados incapacitan a la ciencia para incorporar otros aspectos y otras relaciones cuya consideración puede introducir cambios sustanciales en los modelos teóricos.

Una reflexión profunda en esta dirección, por tanto, nos permitirá una amplitud mayor de miras que, a su vez, permitirá volcar la atención sobre otros dominios del acontecer social que surjan de ese proceso intrincado que denominábamos “observación científica”, de manera de enriquecer y purificar el objeto de investigación.

En segundo lugar, esta aproximación teórico-metodológica, que sugerimos, se traduce en el ejercicio de la crítica a las teorías que observan nuestra realidad a la luz de imágenes proyectadas esencialmente por relaciones capitalistas de producción; de tal manera de abrir también, por una parte, la perspectiva histórica y, por otra, la complejidad de la percepción dialéctica de las relaciones sociales, inherente a esa crítica.

Finalmente, esa aproximación toma en cuenta las posibilidades que abre para el análisis científico, el desarrollo de los “instrumentos” de observación social y de sistematización y ordenamiento de tales observaciones, así como los avances en el campo de los *lenguajes* que permiten la formulación de modelos que consigan la relación rigurosa y sistemática de sus elementos.

La revisión y precisión del concepto de desarrollo económico, no obstante, debe limitarse a los objetivos inmediatos de este trabajo; esto es, en relación al desarrollo de los países subdesarrollados. Dentro de la aproximación metodológica expresada arriba, nuestro desarrollo se nos presenta ante todo como un *proceso de transformación social*.

Esta concepción implica, como se podrá comprender, formas particulares de concebir los instrumentos y los indicadores que deben reflejarle. El límite propuesto a estas notas en relación al proceso de subdesarrollo es particularmente significativo en esta concepción de desarrollo como transformación; porque aún cuando nosotros consideramos que el concepto de *crecimiento* que se ha ensayado para categorizar fenómenos propios de las realidades económicas *desarrolladas*, entra también y necesariamente dentro de las consideraciones hechas anteriormente; y, por lo tanto, que también en este concepto están implícitas necesariamente transformaciones estructurales sustantivas. No obstante ello, nosotros, no vamos a entrar a discutir en este trabajo las limitaciones que ellos tienen para reflejar dichas transformaciones ni tampoco la validez que pueden tener los modelos derivados de esta concepción como instrumentos interpretativos de esas realidades desarrolladas. Nosotros nos mantendremos dentro del análisis de los aspectos correspondientes a las transformaciones de los países subdesarrollados.

Dos premisas básicas debemos formular aquí para poder continuar con este análisis: Primero, que este proceso de transformación tiene un *sino*; esto es, que los principales elementos que determinan los aspectos relevantes del bienestar social, de la productividad del trabajo, de la distribución general de la riqueza, etc., confluyen más o menos rápidamente, más o menos integradamente, hacia *formas* particulares, previsible en tanto que asociadas a las categorías del método. Segundo, que esta transformación es esencial al devenir histórico de las sociedades en estudio y, por lo tanto, que su comprensión permite explicar los rasgos generales de su comportamiento y niveles más o menos precisos de predicción de éste.

Mientras que para el caso de los países desarrollados algunas de las transformaciones que se llevan a cabo en tales elementos sólo se resuelven en modificaciones cuantitativas, porque no están subvertiendo el orden general de la producción, para nuestros países, las transformaciones en dichos elementos conllevan modificaciones de orden superior que implican *transformaciones sustantivas* en la organización social, que afectan las condiciones generales de la producción de riqueza, de su distribución y, por lo tanto, en general, de los niveles de bienestar, de libertad y de soberanía de una sociedad.

Esto significa, para efectos del trabajo, que nuestros indicadores deben construirse de manera tal que puedan reflejar la orientación general de la transformación de nuestras sociedades e ir en forma incisiva hacia los aspectos medulares de tal transformación y hacia los aspectos que la están determinando. Como corolario de esta reflexión queda patente, por el contrario, que aquella teoría que no conciba transformaciones sustantivas en la organización como la característica principal de nuestras sociedades no podrá aproximarse verosímelmente a nuestra realidad; o bien, aún concibiéndola así, si no tiene claro o históricamente definido el *sino* de tal transformación, los indicadores que de ella surjan no podrán tampoco reflejar adecuadamente la realidad en estudio.

Dentro de esta perspectiva general, es importante señalar finalmente, que aquellas concepciones teóricas que ofrecen una perspectiva heurística son las que conciben el desarrollo de nuestros países como sociedades que configuran como parte esencial del proceso de desarrollo, relaciones de producción capitalistas y que, por lo tanto, sus estructuras de producción, sus estructuras de relaciones sociales, de distribución de la riqueza o de interrelación de las actividades productivas, etc., se orientan hacia formas generales reconocibles en las categorías que conforman el modo de producción burgués.

Este principio abre dominios importantes del acontecer histórico que se presentan ahora como aspectos centrales del análisis social. Estos dominios se encuentran en la observación, medición y estudio de los fenómenos surgidos de la *contradicción* entre las nuevas relaciones sociales y las antiguas, la velocidad o intensidad de los procesos de disolución de estas relaciones; se encuentran en el estudio de las consecuencias sociales y económicas que determina el nivel o grado de integración de las nuevas relaciones en un sistema coherente, o del estado histórico-natural (propio a la naturaleza y *sentido* de las nuevas relaciones) en que se encuentra el

proceso de transformación. Pueden encontrarse también en el estudio de los fenómenos derivados de las contradicciones de sentido inverso a las primeras señaladas, entre las necesidades de desarrollo y consolidación de las nuevas relaciones, y las situaciones económicas y sociales surgidas de los altos niveles de desarrollo capitalista (imperialismo) en que el desarrollo y consolidación de aquellas se encuentra irremisiblemente inmerso. No pretendemos con estos tres señalamientos haber agotado todos los aspectos que esta visión entraña; es posible que en la dimensión de las relaciones sociales y políticas se encuentre una buena veta de ámbitos de estudio que deben observarse para una mejor comprensión del desarrollo socioeconómico de nuestros países. Nosotros, no obstante, y dada la orientación general de estas notas, preferimos incursionar más incisivamente dentro de los tres dominios señalados anteriormente.

Las concepciones teóricas que se propongan observar nuestros procesos de desarrollo a través de la lente de una transformación estructural como la que hemos venido definiendo, no pueden perder la perspectiva investigadora que obliga a ver las *formas* o los fenómenos sociales y económicos de hoy como *formas en desarrollo*; y por lo tanto, no debe olvidar que el conjunto de indicadores que proponga para informar sobre la realidad, deben estar concebidos para *observar* la transformación (aquí en su sentido estricto) de las relaciones que juzguen tales concepciones como sustantivas del proceso.

Quedan así someramente planteados los aspectos a nuestro aviso más relevantes de la discusión sobre el problema de los indicadores socioeconómicos y su relación con los problemas del *desarrollo*. Hemos tratado de someter a crítica, algunas concepciones teóricas que pretenden explicar nuestra realidad subdesarrollada sin reparar siquiera en que las realidades que sirven de referente objetivo para su existencia, difieren esencialmente de las que pretenden explicar y sin reparar, por consiguiente, en que los procesos de desarrollo económico en nuestros países contienen transformaciones de naturaleza totalmente distinta a las que suponen los procesos de crecimiento en *sus* realidades socioeconómicas. De esta crítica hemos sacado conclusiones específicas en torno a los indicadores socioeconómicos que surgen de sus necesidades de observación y comprobación.

De manera somera se planteó también una crítica general a concepciones teóricas que aún cuando intentan adecuar las *teorías económicas* a las condiciones de la realidad del subdesarrollo, no logran trascender su crítica a los orígenes propios de tales teorías; como son el tipo de relaciones de producción que suponen y las mismas confusiones sobre la naturaleza de las relaciones de producción existentes. Estas limitaciones de tales intentos, vimos que representan un sesgo importante y sustancial en la interpretación de nuestra realidad.

Por otra parte, hemos tratado de definir la relación existente entre concepciones teóricas e indicadores. La reflexión sobre este asunto nos puso sobre aviso del peligro que se cierne sobre el desarrollo científico cuando esta relación se envicia conformando estados que hemos denominado, en asocio a modelos de la biología, como relaciones *simbióticas* o que también podríamos denominar como *auto-*

retroalimentadas. Asimismo, se hizo un esfuerzo por formular mecanismos o vías que permitan romper estas situaciones y abran nuevos caminos a la investigación científica.

Finalmente, se hizo un esfuerzo por revisar la teoría del desarrollo económico a la luz de estos aspectos centrales de los indicadores socioeconómicos, del cual surgieron tres principales dominios dentro de los que proponemos centrar el análisis de nuestras realidades sociales y dentro de los que, por consiguiente, se deben definir y elaborar indicadores. En este mismo sentido, se observó la necesidad de que estos indicadores se diseñaran de manera tal que pudieran reflejar la dinámica del proceso y de alguna manera las complejidades en las relaciones que supone el movimiento dialéctico de la sociedad.

III

En esta última parte, nuestro interés se centrará en afinar y concretar los ámbitos de observación que surgieron del análisis anterior y que proponemos como los que ofrecen una interpretación mas verosímil de nuestra realidad en transformación; y de paso, el señalamiento de indicadores que permitan información sobre el estado de esos dominios.

La interpretación general de nuestras realidades subdesarrolladas que surge de la crítica de las teorías convencionales y de los conjuntos de indicadores a ellas inherentes, sugiere cuatro columnas sobre las cuales constituir la elaboración de nuevos indicadores que informen sobre nuestra realidad de una manera versosímil. Ante todo, como ya se ha planteado, proponemos que el acontecer social de nuestros países está caracterizado esencialmente por una *transformación*. Segundo, que esta transformación tiene una *orientación* definida; por la cual, a cierto nivel de abstracción se pueden predecir las formas generales que asumirá la organización social. En tercer lugar, que existe una importante *integración* entre los fenómenos socioeconómicos que, junto con la segunda y cuarta columnas, constituyen los *referentes concretos* para la concepción de sistemas modelos teóricos para la explicación y dominio de la realidad social. Y en cuarto lugar, finalmente, que esa interrelación es *jerarquizada*, en el sentido de que no sólo existen diferentes pesos relativos de cada uno de los elementos que los constituyen, sino que estos pesos establecen una determinación predecible.

La transformación que nosotros proponemos como dominante del acontecer social de nuestros países pues, impone un *sentido* general a la organización social para la producción. Es necesario señalarlo en este momento, puesto que este *sentido* orienta las transformaciones que trataremos de observar en los dominios de la realidad social que, de acuerdo a nuestro plan, propondremos en seguida a efectos de contribuir a la constitución de un conjunto de indicadores coherente y sistemático sobre nuestras realidades subdesarrolladas.

Este sentido general está dado por tres fenómenos socioeconómicos, que deben irse presentando en la organización social. Por una parte, la conformación de una *producción de mercancías* que emerge de formas de producción de auto-consumo, con toda la gama de tiempos de trabajo destinados a cada uno de estas formas. Segundo, el surgimiento del *trabajo asalariado* y su dominio de la fuerza de trabajo *nacional*; observándose aquí, de igual manera, las distintas gradaciones que sobre el tiempo de trabajo estas formas imponen. En tercer lugar, la conformación de las riquezas particulares en *forma de capital* propiamente dicha; esto significa fundamentalmente su ingreso al círculo general (nacional) de valorización, su conversión creciente en medios de producción y fuerza de trabajo, su permanente transmutación cíclica en las fases de dinero, medios de producción y mercancías.⁷

El trabajo asalariado, debe observarse en nuestras sociedades, emergiendo de formas en que la dominación y la supeditación de los intereses del patrón, tienen poca relación con los mecanismos del valor y con las necesidades del salario, como resultado de su expropiación de los medios en los que ejercitar su trabajo. Sino, más bien, esa supeditación gira alrededor de formas de adscripción vinculadas con la posesión de la tierra, de vivienda y lazos de fidelidad y agradecimiento relacionados con instituciones culturales y religiosas que no vamos a entrar a discutir aquí. Por otra parte, obviamente, deben observarse emergiendo del otro proceso que se presenta en nuestras realidades, a saber, el de la proletarianización del pequeño propietario. En relación al sector manufacturero, el trabajo asalariado emerge de formas de producción artesanales; o sea en las que existe la participación directa del dueño y de trabajadores no remunerados y familiares.

Por cuanto respecta al *capital*, es importante señalar el surgimiento de *instituciones* civiles que van a reflejar las necesidades de la vertebración del capital y de los canales de su valorización. Aparte de la proliferación y complicación de las *sociedades* privadas y públicas y de todo el aparato jurídico para su regulación, deben observarse el surgimiento de instituciones financieras y de seguros y finalmente la creciente importancia de las transacciones financieras que configuran el funcionamiento virtual de una *bolsa de valores*.

Estas tendencias generales son las que conforman la observación particular de los dominios del acontecer social que a continuación proponemos.

Uno de los primeros dominios sobre los que se debe volcar el interés de los investigadores es el de *los fenómenos de la población*. Partimos del señalamiento de este dominio por cuanto, como ya se dijo, resume en su *estado general* los resultados de toda la organización social y refleja las formas en que ella utiliza la fuerza productiva del trabajo y la distribución de la riqueza social. Desde la perspectiva de la transformación social que proponemos, los fenómenos más relevantes en el seno de este dominio, son las modificaciones en las tasas de mortalidad y en las de fecundidad, cuyas respectivas reducciones (a ritmos diferenciados) suponen modificaciones en las formas particulares en que se distribuyen la riqueza social y los beneficios del progreso en la productividad del trabajo.⁸ El objeto sobre el que deben centrarse los indicadores que informen sobre este dominio, por tanto, es en las

modificaciones sufridas por la población que refieren a una utilización más intensiva de la fuerza de trabajo a ella inherente. Utilización que con el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en nuestros países se convierte en un primer momento en el crecimiento de la población en general y en su reubicación geográfica y en la estructura productiva de la fuerza de trabajo a ella inherente. Finalmente, deberían informar sobre los procesos intensivos de pauperización relativa de masas importantes de esa población, como resultado de los procesos intensivos de proletarización (o de expropiación de la población de los medios en los que ha venido aplicando tradicionalmente su trabajo para sobrevivir.)⁹

En estrecha relación al dominio propiamente demográfico, se debe observar el grado en que la población se incorpora al trabajo. La transformación que suponemos se lleva a cabo en nuestras sociedades, presenta una contradicción, por la cual, al mismo tiempo que provoca la proletarización de los trabajadores y por lo tanto su expropiación en los términos apuntados arriba, los va condenando a una relativa inactividad.

En tal sentido, por tanto, es importante medir el grado en que la población está aplicando su capacidad productiva y las formas en que esta aplicación se lleva a cabo. En última instancia, la existencia de oportunidades para ejercer su capacidad productiva es el elemento esencial del bienestar espiritual del ser humano.

Otro dominio importante del que surge un conjunto de indicadores para el estudio de nuestras realidades subdesarrolladas es el que define la transformación del producto social. Este dominio se debe dividir en cuatro vertientes distintas en tanto que implican procesos estructurales distintos. Por una parte, están las observaciones sobre la conversión del producto de las unidades productoras a la forma mercancía propiamente dicha y los distintos grados que ella asume del total. Por otra parte, están las observaciones sobre el proceso de conversión de unos productos en otros; particularmente aquel originado en transformaciones en los métodos de producción y en el destino de los productos al mercado y no tanto los originados en los *gustos* o modas de consumo de la sociedad.¹⁰

Una tercera vertiente que recoge aspectos del proceso de transformación de la producción, es la que observa los grados de especialización de las unidades productoras. Este proceso es particularmente importante en las unidades agrícolas por cuanto es en ellas, en las condiciones de la organización productiva de nuestros países, que se van perfilando la conversión de estas unidades heterodoxas en unidades propiamente capitalistas o industriales.

Finalmente una cuarta vertiente en que se resuelve este dominio, es la de la *transformación estructural*, por la cual debe observarse el surgimiento de nuevos sectores de la producción y la importancia relativa que ellos van asumiendo en el proceso. Sobre este particular señalamos algunos indicadores que resultan apropiados para la observación del proceso y son aquellos del número de trabajadores (asalariados y no), los niveles de producción y productividad, etc., observados en grupos de sectores según criterios como *tradicionales* y *nuevos*, etc.¹¹

El estudio de esta transformación sin embargo, debe ir al interior de los grandes sectores de la producción tales como se conocen usualmente. Los grados de

profundización en el seno de ellos deben estar determinados por los objetivos de la investigación y por la coherencia en la profundidad de los distintos dominios.

Otro aspecto importante de estudiar dentro de esta vertiente son los grados de *integración* entre los sectores en estudio. Esta integración debe estudiarse en la perspectiva de la integración-desintegración, por cuanto este proceso está afectado particularmente por relaciones complejas entre la *estructura productiva nacional* y las determinaciones que sobre ellas impone el mercado internacional. Sobre este aspecto, es necesario llamar la atención en que de acuerdo con nuestra visión, este proceso se distingue de la mayoría de los incorporados en los dominios aquí considerados, en que no presenta una orientación histórica definida; por lo menos en cuanto al plazo medio (unos veinte años). Y más bien, aún cuando en el plazo "secular" puede observarse cierta tendencia hacia el surgimiento e integración de nuevos sectores productivos, el proceso es tan "encontrado" que esta tendencia se disfraza de múltiples formas y se desparrama en un conjunto de "ires y venires" que la hace difícil de observar. La falta de indicadores adecuados en este campo dificulta el señalamiento de una tendencia particular si no es por la perspectiva teórica con que estamos trabajando. La elaboración de matrices de insumo-producto es algo que ha ido dando pasitos de cojo en nuestras sociedades.

El tercer dominio de procesos de transformación significativos para interpretar nuestro desarrollo, es el que reúne los fenómenos de la industrialización de la producción. En este ámbito vamos a encontrar de nuevo los fenómenos de la especialización de las unidades productoras, que ya habíamos visto para los efectos de la transformación del producto social. Asimismo, encontraremos transformaciones importantes en los procesos productivos con la incorporación de técnicas que elevan la productividad de la mano de obra y los rendimientos por área, el incremento de máquinas, la intensificación del uso de la energía eléctrica y del consumo de combustibles, la sustitución, por consiguiente, de unos instrumentos de producción por otros.

Este dominio puede observarse también, en las transformaciones en las formas en que los trabajadores se vinculan entre sí en una misma unidad de producción y sus relaciones con los medios de producción: surgimiento de nuevos oficios y de nuevas tareas, determinadas por la subdivisión de los procesos, su especialización y la incorporación de nueva maquinaria.

El cuarto dominio de circunstancias fundamentales que informan nuestro desarrollo es el de la concentración de la propiedad y centralización de la riqueza y de los medios de producción. La complejidad de estos procesos requieren su estudio con cierto detenimiento.

Por cuanto respecta a la propiedad agraria se deben distinguir algunos de ellos: La concentración de la propiedad en las condiciones del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, está en estrecha relación con la *acumulación de capital*; esto es, que el crecimiento de las unidades de producción en términos territoriales, está en asocio directo con las posibilidades reales de explotación productiva de esas tierras. Estas posibilidades están definidas por la existencia de mano

de obra para su cultivo y de medios de producción; así como de cultivos apropiados para su tratamiento intensivo.

En realidades donde el proceso de concentración emerge de condiciones latifundistas este proceso puede observarse ya con la segregación administrativa del latifundio, ya con el mantenimiento de los linderos; pero en ambos casos con el esfuerzo por intensificar el uso de su territorio; lo que implica el uso más intensivo de la fuerza de trabajo, de los instrumentos de producción y de la tierra.

En realidades donde éste emerge de condiciones campesinas, el proceso de acumulación determina el crecimiento de la unidad media de producción; sin que ello implique necesariamente el surgimiento de latifundios o grandes unidades de producción como las que presentan las compañías bananeras en nuestros países. Más bien, el proceso se observa con la desaparición de las *pequeñas* unidades, cuya pequeñez está determinada por las necesidades de la productividad y de los rendimientos por área y de las posibilidades que la extensión ofrece para la utilización de la técnica media de producción utilizada en ese contexto. La conformación de una nueva plétora de unidades más grandes pero de todas maneras marginales para las nuevas condiciones de la producción, parece un resultado inevitable. Ellas serán las destinadas a perecer en el próximo embate de la acumulación.

De esta manera, nosotros observamos el tamaño de la unidad productiva agrícola, determinado por las condiciones de producción; y, por consiguiente, para efectos de nuestro estudio, proponemos que la investigación esté orientada por la perspectiva de la conformación de unidades de producción cuyo tamaño se configura alrededor de un tamaño medio fijado por condiciones técnicas y agrológicas particulares. ¡No sería extraño en este sentido, encontrar que la *distribución de la tierra por unidad de producción* se haga más equitativa con el proceso de desarrollo! (S. Reuben, 1982. Pág. 78).

No sucede lo mismo con el otro proceso, el de la centralización de la producción. Por éste, la propiedad de la tierra se va concentrando en pocas manos; como producto de la centralización general de la riqueza y de los medios de producción. De igual manera a como Marx observa el proceso contradictorio de la acumulación capitalista para la industria, en el agro debemos extender ese proceso a las condiciones de la apropiación de la tierra y de las mejores tierras. Al mismo tiempo que podemos observar la proliferación de unidades de producción, se puede estar operando un fenómeno diametralmente opuesto en el plano de la propiedad de los medios de producción. Finalmente, la unificación de ambos procesos, o sea la conformación de grandes unidades desde la centralización de la propiedad agrícola, se podrá dar cuando las técnicas de la administración y de la gestión empresarial alcancen un nuevo nivel por el que hagan rentable tal grado de integración productiva.

Fenómenos semejantes se presentan en el resto de los sectores de la producción.

En el ámbito del sector manufacturero, este proceso se expresa en la desaparición de empresas con poco capital fijo y, generalmente con pocos trabajadores remunerados. En el otro "polo", se expresa en el surgimiento de establecimientos

que incorporan cantidades importantes de capital instalado y de trabajadores asalariados. También en este sector el proceso es complejo.

La transformación de la producción vista en uno de los dominios tratados, implica el surgimiento de nuevos ramos de la producción industrial. En ciertos momentos, estos son inaugurados por el brote de pequeñas firmas pero que, por las condiciones particulares en que se desarrolla nuestra realidad económica, rápidamente se encaminan a estados altos de concentración, especialmente cuando estos ramos son *significativos* (o relativamente importantes) dentro de la división mundial del trabajo, ya que ello provoca la alfluencia de capital extranjero y la modificación de la modalidad de acumulación que presentaba o, en general, condiciones favorables para la intensificación de la producción, la incorporación de técnicas avanzadas y la concentración. En otros momentos, sencillamente los nuevos ramos son inaugurados por empresas extranjeras que los dominan inmeditamente.

El resultado de estas situaciones debe irse a observar particularmente en cada sociedad y para cada uno de los períodos en estudio; ya que la transformación en las formas de accionar del capital internacional ejerce, como ya se mencionó, un efecto importante en tales procesos.

No obstante ello, quizá uno de los aspectos más importantes que del estudio de este ámbito resulta es la observación del proceso de monopolización de la producción; vinculado con el otro de la centralización de la riqueza. Ellos están directamente asociados, a nuestro aviso, con el apareamiento del capital industrial en el sentido que se mencionó en páginas anteriores, con el avance de la acumulación, y en forma inversa con el dinamismo en la diversificación de la producción. De los grados en que se presentan ambas situaciones, depende, de ahí la importancia señalada, la capacidad general de la organización para impulsar el desarrollo de la productividad del trabajo, de interpretar las necesidades económicas de la sociedad, de impulsar, que consiguiente, a niveles más altos el bienestar y la existencia de la población. Son estos procesos, en última instancia, el grado en que se encuentran y los niveles que alcanzan, los que definen y señalan el estado progresivo de la organización o, por el contrario, su etapa regresiva y retardataria.

Con el planteamiento de estos cuatro dominios generales del acontecer socio-económico de nuestros países pretendemos haber estructurado un espacio de investigación coherente, organizado, que permita la elaboración de un conjunto de indicadores teóricamente integrados, capaces de informar sobre los procesos más importantes de la realidad social. Pretendemos además que este espacio brinde un conocimiento más preciso de sus principales tendencias y, por consiguiente, que abra ventanas a través de las cuales podamos prever el futuro con los grados de precisión que los mismos indicadores, el diseño de sus relaciones y la capacidad de cálculo permitan.

El desarrollo de nuestros países visto como un proceso de desarrollo del capitalismo, con las particularidades propias de sus raíces históricas y del "momento" en que se lleva a cabo, resultó ser una perspectiva heurística. No pretendemos, claro está, haber agotado en estas notas, todos los aspectos que ella depara. Sin duda,

como ya se dijo, ella está tendencialmente afectada por la visión económica de los procesos sociales. No obstante, nosotros creemos que la ampliación sobre otros dominios del acontecer social, una vez que se han puesto en evidencia el carácter de transformación de nuestro desarrollo y lo que éste implica, una vez que se han puesto en evidencia la orientación de esa transformación y sus características sustantivas de integración entre procesos y de jerarquización, se facilita notablemente para el pensamiento deductivo.

Esperamos pues, con este pequeño ensayo, haber estimulado el progreso de una de las ramas más importantes de la ciencia cual es la que se ocupa de las mediciones. La formulación de un conjunto de dominios con las características metodológicas que les reputamos, así como la sistematización —por lo menos en el nivel de generalidad que permite un trabajo de este tipo— de un conjunto de hechos “disociados” en la multiplicidad que depara la realidad concreta, seguramente ayuda a una concepción más organizada de selección de indicadores y de relaciones entre ellos para informar a la ciencia social sobre nuestras realidades en desarrollo.

San José, setiembre de 1982.

NOTAS

- 1 “Si preguntamos a M. Say en qué consiste la riqueza, él nos dice que en la posesión de objetos que tienen valor. Si entonces le preguntamos qué significa el valor, nos responde que las cosas son valores en proporción a la utilidad que poseen. Si de nuevo lo invitamos a que nos explique por cuáles medios vamos a juzgar la utilidad de los objetos, nos contesta que por su valor. Así, entonces, la medida del valor es la utilidad, y la medida de la utilidad es el valor”. Así discute Ricardo la teoría subjetiva del valor que luego será la base de la disciplina que él tan notablemente contribuyó a constituir sobre cimientos rigurosos (1959, Pág. 210).
 - 2 Es importante señalar en este momento las observaciones críticas sobre los estudios que se hacen en torno al *crecimiento* por los años cuarenta, de Simon Kuznets, “Measurement of Economic Growth”, *The Journal of Economic History, Supplement VII*, 1947. En ellas se plantean problemas en la medición de la riqueza nacional, en la determinación de su crecimiento, y en el establecimiento de los “niveles de desarrollo” que se refieren a la existencia de producción no vertida al mercado o a la variación de los precios relativos. Y que vistos estos problemas con una visión histórica apuntan sin lugar a dudas a la intuición que él tuvo sobre el problema económico como algo más amplio de lo que las relaciones de valor implicaban (1958, Pág. 85 *passim*). En relación a los datos y al proceso de su recopilación, Kuznets observa que reflejan, por una parte, el interés que algunos sectores de la producción o de la actividad económica despierta para la sociedad, por otra, reflejan las condiciones institucionales en donde se produce el análisis; de tal forma que ellos están influidos por intereses y decisiones políticas: “...La investigación estadística y económica bajo los auspicios del gobierno va dirigida casi siempre, bien hacia la producción de medidas de actualidad, o al análisis relacionado con problemas de inmediata actualidad; y no es frecuente que un economista o especialista en estadística empleado por auspicios del gobierno pueda dedicarse... a estudios con largas perspectivas históricas” (*Idem*, Pág. 90).
- Este estudio se completa posteriormente por el mencionado autor en un artículo sobre los supuestos en las proyecciones a largo plazo del producto nacional (1961), al que nos referiremos más adelante debido a que se hacen consideraciones relacionadas más bien con el segundo tema de este trabajo.
- No nos parece dejar este señalamiento, sin mencionar el artículo de Raymond Goldsmith, “La medición de la riqueza nacional en un sistema de Contabilidad Nacional” (1961), en el que trata de resolver alguno de los interrogantes teórico-metodológicos planteados por Kuznets; pero que a nuestro juicio se quedan sus soluciones enmarcadas dentro del marasmo de las equivocaciones, propias de una incomprensión de la relación de valor.

- 3 Es importante señalar —aun cuando de paso debido a la extensión de este trabajo— dos importantes esfuerzos por sistematizar un conjunto de indicadores que permitan “describir” un *estado de desarrollo*. Por una parte, las tablas de Drewnowski han sido utilizadas prácticamente para el elenco de un conjunto de aspectos que enfrentados para distintos países ofrecen una visión global de las condiciones y “calidad de la vida”; por otra parte, el de Morris y otros, por el que se pretende sintetizar en un único indicador, asociado al P.I.B. y a las particularidades de la distribución del ingreso, distintos grados de desarrollo y sus respectivos niveles de vida a ese correspondientes. (Christian Leipert y Udo E. Simonis, 1981 y Kodwo Ewusi, 1977). Nuestro punto de vista no obstante, es que el reflejo de nuestras realidades sociales y sobre todo los intentos por impulsar su desarrollo, deben estar fundados en observaciones de aspectos medulares de ellas, que permitan la comprensión de su funcionamiento y, por lo tanto, que conciban el problema de la observación social y los indicadores como un problema de *conocimiento* de esas realidades sociales. Sólo así, a nuestro aviso, le quitaremos de encima a la formulación de indicadores, la opinión vastamente generalizada de ser superficial. En las páginas que siguen pretendemos completar este esfuerzo.
- 4 No pretendemos en esta nota elaborar una crítica a la perspectiva de la CEPAL del subdesarrollo. Ya en los planteamientos hechos por los principales responsables de ella en el número 150 del *Trimestre Económico*, quedan patentes importantes reflexiones sobre la incapacidad de percibir la realidad latinoamericana por el *modelo* propuesto por la Comisión de los años cincuentas, véase A. Pinto, O. Sunkel, R. Prebisch y C. Furtado, 1971. Nuestro señalamiento en este sentido es que el esfuerzo de adecuación teórica y práctica de las concepciones sobre el crecimiento —surgidas de las teorías económicas neoclásicas y postkeynesianas— hecho por la CEPAL, no se plantea en forma sistemática la revisión conceptual de tales teorías. Por tal motivo el análisis del subdesarrollo-desarrollo que surge de ella, conserva buena parte de los elementos *diversionistas* para una correcta interpretación que hemos discutido hasta aquí.
- 5 En este sentido, nosotros concebimos el desarrollo de la ciencia como un movimiento continuo de aproximación, en algunos momentos lento, en algunos momentos acelerado, a la realidad y no como la conciben algunos pensadores, entre ellos a nuestro entender, T.S. Khun, *La estructura de las revoluciones científicas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1973, en el que el desarrollo de las ciencias quedaría encerrado en el dominio de los grandes paradigmas y sólo la revolución en estos rompería las fronteras fuera de las cuales el pensamiento científico podría crear nuevas condiciones de aproximación a la realidad. No obstante la importancia que este problema tiene para comprender la evolución de los indicadores científicos en las ciencias sociales, creemos que no es este el lugar adecuado para su discusión; por lo que le dejamos sólo indicado. Véase para ampliar la bibliografía sobre este particular: M.M. Serrano, *Métodos de investigación en las ciencias sociales*, Editorial Alianza, Madrid, 1978 y Eli de Gortari, Et Al, *El problema de la predicción en las Ciencias Sociales*, UNAM, México, 1969.
- 6 Sobre este último particular remitimos al lector al trabajo de Andrés Varela, “Econometría, dialéctica y autopoiesis. Notas para un discusión”, *Investigación Económica*, Vol. XL, No. 155, Enero-Marzo, México, 1981, en la que el autor concibe la econometría como un instrumento eficaz para el estudio de los procesos sociales, mas no exhaustivo en tanto que las disciplinas que lo componen, las matemáticas y la estadística junto con la teoría económica, no pueden reproducir e interpretar adecuadamente las relaciones dialécticas propias de los procesos sociales. No obstante ello, “En la medida que relaciones y determinaciones forman una unidad necesaria para conocer la realidad, una disciplina que emplee sistemáticamente la estadística, la matemática y la economía política, permitirá un desarrollo ordenado y progresivo en el proceso de conocimiento”. (*Ob. cit.*

Pág. 267). De esta manera el autor excluye a las *matemáticas* como una disciplina que pueda reproducir relaciones complejas como las relaciones dialécticas y de multicorrelación como las que se dan en el campo de los fenómenos sociales. A nuestro entender, no obstante, las limitaciones de dicha disciplina que el autor en cuestión plantea, concretamente la dificultad de expresar la *contradicción* y la llamada *unidad de los contrarios*, obedece más bien y en buena medida, a limitaciones *semánticas*, en el lenguaje matemático, que no ha sabido desembarazarse de la lógica formal inherente al nivel de desarrollo de la ciencia y de las necesidades productivas y técnicas de la humanidad. Vale la pena señalar los trabajos de Oscar Varsavski, Alfredo E. Calcagno y otros en *América Latina: Modelos matemáticos*. Ed. Universitaria, S.A., Santiago, 1971 y del primero. *Proyectos nacionales*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1971, que hacen un esfuerzo por ampliar la capacidad expresiva del lenguaje matemático.

- 7 O sea, lo que Marx denomina el *capital industrial*; y que su desarrollo y consolidación establece el dominio del modo de producción capitalista y el funcionamiento de la sociedad dentro de sus cauces. (Cf. S. Reuben, 1982).
- 8 Este es un punto de vista distinto al tradicionalmente expresado por la "teoría de la transición demográfica" puesto que supone la acción del capital sobre los fenómenos demográficos de la manera en que los propone F. de Oliveira (1971), en las que las tasas de mortalidad son el resultado de un consumo de fuerza de trabajo y las de fecundidad, de la necesidad impuesta por la explotación, de producción de bienes de uso doméstico.
- 9 Es importante llamar aquí la atención sobre un hecho que a nuestro juicio no es reconocido usualmente por los indicadores convencionales. La población que vive bajo relaciones de producción precapitalistas, como por ejemplo las familias que trabajan la tierra y destinan una parte de su tiempo de trabajo a la producción para su propio consumo, con toda seguridad tendrán condiciones de existencia natural superiores a las que les ofrecen las nuevas relaciones capitalistas de producción. Especialmente donde la productividad de los sectores que les ofrecen la condición de asalariado es reducida y, por lo tanto, aún cuando tengan acceso a algunos servicios usualmente más accesibles en las zonas urbanas, su salario no alcanzará para mantener los niveles reales de existencia que tenían en el campo.
- 10 Pensamos que los determinantes fundamentales del consumo deben irse a buscar en las capacidades generales de la producción. Aún cuando la relación entre "necesidades" o "gustos" y la producción es intrincada, como lo hemos venido haciendo para otras relaciones sociales, establecemos una dirección general para los efectos del análisis inmediato. Ello no implica, por ningún motivo que no cuidemos las consecuencias que esta visión unilateral depara.
- 11 Vale la pena recordar algunos estadígrafos importantes que muchas veces se olvidan para el análisis de valores en grupos como son la varianza total y sus componentes, la *inter* y la *intra varianzas*. Ellas ayudan a observar fenómenos de integración y desintegración de sectores y de grupos de sectores cuando contamos con series históricas completas. Para una exposición de estas propiedades véase A. Núñez del Prado, 1971.

BIBLIOGRAFIA

- F. Lorimer, 1958. "El desarrollo de la demografía", en Philip M. Hauser y O.D. Duncan. Edits'. *El estudio de la población*.
- J.J. Chevallier, 1965. *Los grandes textos políticos*. Ed. Aguilar, Madrid.
- E. Roll, 1978. *Historia de las doctrinas económicas*. F.C.E. México.
- D. Ricardo, 1959. *Principios de economía política y tributación*. F.C.E. México.
- C. Gini, 1947. "Fundamento de las valuaciones de la riqueza nacional", *El Trimestre Económico*, Vol. XIV, No. 55, México.
- S. Kuznets, 1958. "Medición del desarrollo económico". *El Trimestre Económico*. Vol. XXV, No. 97.
- S. Kuznets, 1961, "La medición de la riqueza nacional en un sistema de contabilidad nacional". *El Trimestre Económico*, Vol. XXVIII, No. 111.
- O. Sunkel y P. Paz, 1971. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Siglo XXI, México.
- UNESCO, SS/C/49/82/1, París.
- A. Pinto, 1971. "El modelo de desarrollo reciente de la América Latina". *El Trimestre Económico*. Vol. XXXVIII, No. 150.
- O. Sunkel, 1971. "Capitalismo transnacional y desintegración nacional", *Idem*.
- R. Prebisch, 1971. "Más allá del sistema económico". *El Trimestre Económico*. *Idem*.

C. Furtado, 1971. "Dependencia externa y teoría económica". *El Trimestre Económico*. Vol. XXXVIII, No. 150.

T.S. Khun, 1973. *La estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E., México.

E. de Gortari et. al., 1969. *El problema de la predicción en ciencias sociales*, UNAM, México.

A. Varela, 1981, "Econometría, dialéctica y autopoiesis", *Investigación Económica*, Vol. XL, No. 155, Enero-Marzo, México, 1981.

O. Varsavski, A. Calcagno, et. al., 1971, *América Latina: Modelos matemáticos*. Ed. Universitaria S.A., Santiago.

O. Varsavski, 1971, *Proyectos Nacionales*, Ed. Periferia, Buenos Aires.

F. Oliveira, 1976, "A produção des homens". *Estudios CEBRAP*, No. 16.

S. Reuben, 1982, *Capitalismo y crisis económica en Costa Rica*. Editorial Porvenir, San Pedro.

A. Nuñez del Prado, 1971, *Estadística básica para planificación*. Siglo XXI, México.

Christian Leipert y Udo E. Simonis, 1981, "Social Indicators and Development Planning", *Economics*, Institute for Scientific Cooperation, Tübingen, Vol. 24.

Otra bibliografía consultada

M. Ramírez, "Las grandes teorías sociales y los indicadores". *Miméografo*, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica. C.U.R. Facio, 1979.

K. Kosik. *Dialéctica de lo concreto*. Ed. Grijalbo, México. 1976.